

Pajtim Statovci  
Mi gato Yugoslavia

Traducido del finés por Laura Pascual

**Alianza** editorial

Título original: *Kissani Jugoslavia*



Esta obra Ha sido publicada con la ayuda de una subvención para la traducción de FILI – Finnish Literature Exchange

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía: © Jonne Räsänen

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Pajtim Statovci and Otava Publishing House, 2014

All rights reserved

© de la traducción: Laura Pascual Antón, 2020

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-871-7

Depósito legal: M. 93-2020

Printed in Spain

*Da bi se jasno videla i potpuno razumela slika kasabe i priroda  
njenog odnosa prema mostu, treba znati da u varoši postoji još jedna  
ćuprija, kao što postoji još jedna reka.*

Para que se vea con claridad y se comprendan íntegramente el  
cuadro de la ciudad y la naturaleza de sus relaciones con el puente, es  
preciso saber que, en la ciudad, existe todavía un puente, del mismo  
modo que existe todavía un río.

Ivo Andrić

*Na drini ćuprija*

*(Un puente sobre el Drina, traducción de Luis del Castillo Aragón)*



I



*La primera vez que vi al gato fue tan desconcertante como si estuviera viendo el cuerpo de cien hombres guapos al mismo tiempo, así que lo dibujé en grueso papel de acuarela; cuando, finalmente, el dibujo estuvo listo y seco, lo llevaba conmigo a todas partes, y ninguna de las personas con las que me cruzaba se quedaba sin contestar a la pregunta: «Su alteza, ¿me permite presentarle a mi gato?».*



**0:01 blackhetero-helsinki:** kien kiere juerga????????  
**0:01 Fofisano-Sub28:** Maduro dominante, alguien de la capital?  
**0:01 runner-jyvaskylä\*:** ...  
**0:02 OuluTop:** .....busco chico delgado en Oulu  
**0:02 Kalle42\_helsinki:** ¿algún jovencito de Turku la semana que viene? que la chupe bien  
**0:02 järvenpää:** alguien cerca de Järvenpää?  
**0:02 visitante\_Helsinki:** hombre masculino en Helsinki que la quiera chupar ahora?  
**0:02 Rauma BTM:** culo redondo necesita polla dura  
**0:02 tampere hombre busca jovencitos:** tampere  
**0:02 n\_oulu:** hace un trío en Oulu?  
**0:02 tampere hombre busca jovencitos:** tampere  
**0:02 Cam30:** tienes cam?  
**0:03 Vaasa, btm24:** HOMBRES?? EN MI CASA!  
**0:03 VilleHELSINKI:** vers/top en forma 185/72/18/5  
busca vers/btm en forma ENCUENTRO ahora

Cuando vi el mensaje de Ville en la pantalla, dejé de leer. Una hora más tarde, Ville estaba en mi puerta: dijo hola, yo dije hola, y su mirada zigzagueó durante un momento entre los dedos de los pies y la raya del pelo. Solo entonces logró reunir el valor suficiente para entrar.

—Eres guapo —dije.

Ville gruñó y empezó a moverse con torpeza; dio un paso hacia atrás, se puso la mano derecha detrás de la espalda y se apoyó en ella. Pero yo me sabía el juego y dije que en serio, eres muy guapo, me sorprendí cuando te vi en la puerta porque esperaba otra cosa, que no me hubieras dicho más que mentiras. *Eso es lo que yo habría hecho.*

—Si quieres, me voy.

Tenía una voz tímida y humilde, que recordaba a la de un niño pequeño. Apartó la mirada y resopló de forma ligeramente demostrativa, como si quisiera convencerme de algo. «No suelo hacer estas cosas», por ejemplo. O: «Escribí en el chat en un momento de debilidad. No sé en qué estaba pensando». Como si quisiera hacerme saber que ya había pensado de antemano en todo lo que podría suceder. «Puede que tenga una enfermedad venérea, o puede ser cualquier cosa, puede hacerme daño: eso no se sabe».

—No quiero que te vayas —dije, e intenté cogerle la mano, pero él la retiró rápidamente y volvió a esconderla detrás de la espalda.

Lo entendía mejor que nadie. ¿Por qué iba a hacer algo así alguien como él? ¿Por qué no volvía por donde había venido? Era un hombre de poco más de treinta años al que parecía que las cosas le iban bien, se había peinado hacia atrás y se podía ver su hermosa cara angulosa entre el fular y el cuello del abrigo, de tal forma que podría haber conseguido

a quien quisiera, podría haber entrado en cualquier parte y escoger a quien más le gustase. Se quitó los relucientes zapatos de cuero y el abrigo, que tenía pinta de no ser barato, y lo colgó en el perchero. Su ropa olía a limpio; la camisa de rayas estaba hecha de tela gruesa y suave y los vaqueros aún no se le habían arrugado a la altura de las rodillas, aunque se adaptaban a sus piernas como si fueran medias.

Se quedó de pie frente a mí por un momento, sin decir nada, hasta que el silencio empezó a molestarlo y me pasó la mano por la parte inferior de la espalda, me presionó con fuerza contra la pared y empezó a besarme bruscamente. Me agarró las muñecas con las manos y me apretó el muslo contra la ingle, como si temiera que yo fuera a decir algo. Que me encantaba, o que sé lo furioso que le hacía sentir esto y cómo los entendía a él y a su mundo: padres ingenieros, claro, no has podido decirles que te gustan los hombres, ya lo sé, claro, no es algo que se pueda decir sin más.

Me habría gustado decirle que yo también odio esto, todo esto, preguntarle cómo habíamos llegado hasta aquí y por qué las cosas tenían que ser así, qué nos había pasado; pero no era adecuado decirle eso a un hombre arrepentido, porque el odio es mucho peor que la ira. Puedes rendirte ante la ira, puedes superarla o puedes dejar que controle tu vida, pero el odio funciona de otra manera. Se mete entre las uñas y no desaparece, aunque te arranques los dedos a bocados. Pero no le dije nada, porque entre hombres no hay preguntas, no hay malos tratos, no hay justificación.

Me arañó la espalda y los hombros con sus largas uñas, sus dientes uniformes chocaron con los míos. Su cuello desprendía un fuerte olor a loción de afeitado y en sus axilas todavía se podía sentir la humedad del desodorante. Se apretó

fuertemente contra mí y me rodeó las piernas con las suyas; sus fuertes muslos me apretaban los costados y sus redondeados hombros desprendían determinación. Por un momento, pensé en lo guapo que era, en la suerte que tenía de que hubiera venido. Sus muñecas, en las que crecía un ralo vello claro; los bordes de sus manos, llenos de venas hinchadas; sus dedos rectos y uniformes y sus uñas bien cuidadas; su camisa ceñida con los botones superiores abiertos, a través de la cual podía percibir su olor; sus clavículas, que sostenían sus pectorales; la elegancia de su tórax, que se iba estrechando, y su tentadora cintura; sus pantalones apretados, pero bien entallados, que se ajustaban tanto a sus muslos que parecía que sus músculos hubieran sido tallados con una cuchilla. Cuán perfecta puede llegar a ser una persona.

Me besó el cuello en la oscuridad de la entrada y, aunque nadie nos veía, aunque nosotros mismos tampoco nos veíamos por completo, empecé a mirarlo de un modo diferente cuando deslizó su cálida y fuerte mano por debajo de mi camisa. Quería creer que había sucumbido a la tentación porque, al fin y al cabo, no somos más que animales: no podemos hacer nada al respecto, es parte de nuestra idiosincrasia. A juzgar por la fuerza con la que me agarraba y el fervor de su respiración, él también pensaba lo mismo.

Ya en el pasillo, se abrió la camisa de un tirón y mordisqueó mi camiseta, de modo que sentí el calor de su aliento a través de la tela. Lo aparté por un momento y me libré de sus manos; él chocó contra la pared y, después, me miró con sus grandes ojos azules. Entonces, lo arrastré hacia la cama; las sábanas aún olían a detergente. Miré a Ville y meforcé a aprovechar al máximo la situación. Ahora que, por fin, estaba sucediendo.

Se quitó el resto de la ropa y empezó a sonreír.

—¿Quieres? —me preguntó.

Me guiñó un ojo y me agarró por los hombros para empujarme hacia abajo.

—¿Todo bien? —preguntó cuando hube terminado.

—Todo bien —dije, y pensé en todas aquellas respuestas que había recibido Ville después de poner su mensaje en el chat. De entre todos ellos, me había elegido a mí, porque mi mensaje había sido el que más le había llamado la atención, el más deseable, y mis medidas estratégicas, las más seductoras. Todos lo deseaban a él, pero él solo me deseaba a mí, y yo estaba encantado con eso.

Me giró para devolverme el favor.

—¿Te gusta? —preguntó, medio arrastrando su afilada lengua por la comisura de la boca.

—Me gusta mucho —dije, e, instintivamente, le empujé la cabeza hacia abajo.

—Eres guapo —me dijo.

—¿Qué has dicho?

—Que eres guapo —repitió.

Entonces, la habitación empezó a oler. Él y yo. Nosotros olíamos. Lo que acabábamos de hacer, nuestros pensamientos. El olor del látex se había pegado a la piel, a las sábanas, a cada superficie, a todo el aire de la habitación. Las sábanas estaban empapadas en sudor. Me di cuenta de que su desodorante había fallado cuando se puso las manos detrás de la cabeza. Su respiración también era ahora diferente. Más fuerte, con olor a cebolla y carne.

—Gracias —comentó, finalmente.

—No hay de qué.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Bien —dijo, y soltó una tos—. Me gustaría volver a verte.

—Bueno, quizá... —empecé—. ¿Quieres café? —me apresuré a preguntar.

Me levanté de forma aún más apresurada, tiré de la manilla para abrir la ventana, apilé de una patada la ropa que había extendida por el suelo, subí a la cama la colcha que se había caído y encendí la luz.

—¿A estas horas? —dijo.

Se incorporó casi con espanto, se cubrió las piernas con la colcha, se presionó el abdomen con la mano y entrecerró los ojos, desconcertado.

Su piel brillaba bajo la luz clara como un jamón recién asado. Se rascó el hombro y me pidió que apagara la luz.

—Sí, a estas horas. ¿Quieres?

—No puedo —sentenció.

—Tienes que marcharte ahora mismo —dije.

—¿Qué?

—Quiero que te vayas ahora mismo.

Se quedó recogiendo su ropa mientras yo me dirigía a la cocina para poner el agua a hervir. Puse sobre la encimera una taza, en la que eché dos cucharadas de café instantáneo, dos pastillas de edulcorante y un chorrito de leche.

—¿Te puedes marchar ya? —pregunté.

Había apagado la luz y pareció sobresaltarse con mi pregunta, con la voz que había roto el silencio o con lo rápido que yo había ido hasta la habitación.

—Ya me voy —dijo mientras se ponía un calcetín sobre su gran dedo gordo.

Volví a la cocina, eché agua en la taza, mezclé el café hasta que se disolvió y lo probé. Entonces, lo tiré por el desagüe.

# 1

Avancé con pasos apenas perceptibles, como si no estuviera seguro de lo que estaba buscando. Había estado allí una vez, aunque, en esa ocasión, no me había atrevido a pasar del vestíbulo. Pero allí estaban, para quien las quisiera. Se podían comprar, así, sin más. Cualquiera podía comprar una y hacer con ella lo que deseara. A nadie le pedían explicaciones sobre por qué o para qué iba a comprarla, no preguntaban si se trataba de un impulso momentáneo o si uno lo llevaba sopeando mucho tiempo.

En el mostrador, cualquiera podía mentir: «Sí, he comprado todo lo necesario; viene a un hogar agradable y afectuoso, a un terrario que mide un metro por un metro por dos metros. Tengo todo lo que necesita. Un árbol para trepar, un recipiente para el agua, lugares en los que esconderse y virutas de madera: hay de todo, incluso ratones. Llevo preparándome más tiempo del que puedo recordar».

Sentí su presencia en las plantas de los pies, que se me habían contraído de la emoción. Es una sensación inconfundi-

ble. Ese escalofrío que recorre la parte baja de la espalda hacia las piernas y se enrosca por el cuello hacia el occipucio, los músculos que se tensan hasta quedar entumecidos e insensibles, los vellos que se erizan sobre la piel como si se estuvieran preparando para atacar.

La mujer que estaba detrás del mostrador se acercó a mí rápidamente. Yo estaba de pie junto a los jerbos y me sorprendí —no, me maravillé— con las complejas siluetas de sus cuerpos, con su modo de arreglárselas con sus cortas patitas y sus largas colas.

—¿Estabas pensando en un jerbo? —preguntó—. Es una buena mascota y muy sencilla de cuidar. No necesita mucha atención. No te dará problemas.

—No, en una serpiente —respondí.

Miré su cara y esperé otro tipo de expresión, de sorpresa o extrañeza, pero solo me pidió que la siguiera.

—Una serpiente grande.

Bajamos al sótano. Pasamos entre congeladores industriales y estantes de comida deshidratada, espaciosa jaulas y juguetes hechos a medida, cubos de vidrio de terrarios, cucarachas, langostas, moscas de la fruta y grillos de campo. Por todas partes se percibía un olor a muerte, salpicado de los aromas templados y fríos de la madera, el heno y el metal.

Las tenían en la oscuridad del sótano, porque allí el ambiente era más húmedo y las condiciones imitaban a las de su entorno natural. La puerta no se abría y cerraba con tanta frecuencia y no estaban a la vista de todos. Muchas personas seguramente ni siquiera entrarían allí por temor a encontrarse con ellas. Solo su aspecto ya causaba pánico en la gente.

La sección de serpientes estaba dividida en dos categorías: serpientes venenosas y serpientes constrictoras. Había

docenas de ellas, toda una estantería, y estaban almacenadas unas encima de otras: las más grandes y fuertes estaban en los estantes inferiores, y las más pequeñas, en los superiores. Eran de diferentes colores: las pitones arborícolas de color verde lima brillaban como luces de neón, las gruesas boas jamaicanas de rayas amarillas aparecían ante mis ojos como los pasteles más deliciosos de un festín, las pequeñas serpientes del maíz naranjas y las boas tigre de rayas marrones se habían enroscado formando nudos.

Estaban en terrarios de cristal, como despojadas de su poder, enroscadas en sus árboles trepadores; algunas se habían tumbado a lo largo del terrario, se humedecían la piel en los recipientes de agua y digerían su comida. Todas compartían una profunda melancolía. Giraban con lentitud sus ociosas cabezas, como si estuvieran aburridas o, más bien, humilladas. Era triste pensar que eso era lo único que conocían.

—Estas han sido importadas de un criador extranjero: no pueden capturarse en la naturaleza —empezó la mujer—. Así que puedes manejarlas libremente, aunque conviene recordar que a las serpientes les gusta ir a su aire.

Me imaginé el lugar en el que las habían vendido, ya que había visto vídeos de criaderos de serpientes en Internet. Parecían el cuarto trasero de un establecimiento de comida rápida. Las habitaciones estaban llenas de altas estanterías repletas de cajas negras con tapa, en las que vivían las serpientes hasta que crecían lo suficiente para poder ser vendidas. En el fondo de las cajas, había una fina capa de virutas de madera sin polvo y una rama. Nunca habían visto la luz del día ni habían tocado la tierra, y ahora las ponían a la vista en condiciones que imitaban su entorno natural.

¿Acaso llegaban a ser conscientes de que todas las vidas no valen lo mismo?

Pedí una inmediatamente. Una boa constrictor.

Primero llegó el terrario, que tuve que montar yo mismo. Su inquilina fue entregada a domicilio en una caja provisional. «¿Dónde la ponemos?», había dicho el transportista. Que dónde la poníamos. Como si no tuviera la menor importancia, como si en la caja pudiera haber habido una estantería para montar y no una serpiente constrictora casi adulta. Pedí al hombre que dejara la caja en medio del cuarto de estar.

La serpiente estuvo mucho tiempo en silencio y sin moverse. Siseó débilmente y se movió con timidez cuando levanté un poco la tapa y dejé entrar algo de luz; entonces pude ver su ocioso y húmedo cuerpo estampado de triángulos negros y su piel marrón en un majestuoso movimiento. Cuando se apretó contra sí misma, su piel seca emitió un ruido áspero, como un altavoz estropeado.

Me la había imaginado de otra manera. Más fuerte, más ruidosa y más grande. Pero parecía temerme a mí más de lo que yo la temía a ella.

—Ahora me perteneces —dije.

Me armé de valor para abrir del todo la tapa. Cuando, finalmente, la abrí, ella empezó a moverse de forma frenética, de modo que no podía reconocer dónde empezaba y dónde terminaba. Su lengua bífida iba golpeando a un lado y a otro de su cabeza triangular, y empezó a temblar como si estuviera helada de frío. Poco después, sacó la cabeza de la caja y sus pequeños ojos negros empezaron a parpadear como afectados por un tic nervioso.

Cuando hubo depositado la cabeza lentamente en el suelo, levanté e incliné la caja para hacer que saliera más rápidamente; se desplomó en el suelo como si fuera plastilina y se quedó allí, paralizada.

Solo al cabo de un momento empezó a moverse. Se balanceaba uniformemente hacia delante, como mecida por las olas. Sus movimientos eran irreales, tímidos y lentos, a la par que determinados y vivaces. Fue tanteando las patas de la mesa y del sofá, levantó la cabeza para mirar las plantas que estaban en la repisa de la ventana, el paisaje invernal que se abría ante la misma, las capuchas blancas de los árboles, la cúpula formada por nubes grises que cubría el cielo y los edificios de colores brillantes.

—Bienvenida —le dije sonriendo—. Sí, bienvenida a tu nueva casa.

Cuando, un momento después, se enroscó sobre sí misma debajo de la mesa, como asustada por mi voz, empecé a avergonzarme del lugar al que la había traído. ¿Y si no se encontraba a gusto aquí? ¿Y si se sentía encadenada, amenazada, triste y solitaria? ¿Acaso lo que yo podía ofrecerle era suficiente? Esta pequeña vivienda, estos fríos suelos y algunos muebles. Era un ser vivo del que ahora yo era responsable y que no hablaba una lengua que yo pudiera entender.

Entonces empecé a acercarme a ella. Comprobé muchas veces, en el reflejo de sus pequeños ojos negros, que me encontraba dentro de su campo de visión antes de sentarme lentamente en el sofá delante de ella y esperar a que viniera hacia mí.

Al cabo de un rato, se desovilló y vino hacia mis pies, me olfateó los dedos y, finalmente, se enroscó entre mis piernas.

Después, levantó la cabeza hacia mi regazo, la presionó entre mis piernas, debajo de mi axila y por detrás de mi cabeza, por todas partes.

La agarré con las dos manos y me la envolví al cuello; cuando tocó mi piel desnuda con su piel escamosa y sentí la punta de su lengua sobre mi cuello, se me puso la piel de gallina. Sentí cómo avanzaba lentamente sobre mi piel desnuda, como un largo y cálido lengüetazo.

Estuvimos así por un momento: sentados en el sofá, ella con la cabeza bajo mi barbilla, su cuerpo alrededor del mío como una coraza metálica, mis brazos extendidos hacia los lados, los rítmicos, tensos y considerados movimientos de su lengua bífida contra mi piel erizada.

Pensé que estaríamos juntos eternamente, ella y yo. Nunca dejaríamos de querernos. «Nadie puede enterarse de esto jamás. La protegeré como si fuera mi propia vida», pensé. Le daré un hogar y todo lo que necesite, y ella será feliz a mi lado, porque yo sé lo que quiere. Aprenderé a conocerla tan bien que no necesitará decirme una sola palabra. La alimentaré y observaré cómo digiere su comida y la veré crecer, crecer y crecer.

## Primavera de 1980

### Gente en la montaña

Mi padre, un hombre muy respetado por la gente de mi pueblo, me aseguró que el amor hacia ese hombre de bella sonrisa y una barba de tres días que apenas se distinguía a contraluz —el hombre con el que me iba a casar a los diecisiete años, que caminaba por un camino de tierra desde la calle principal hacia el grupo de tres edificios humildes—, ese amor vendría más tarde, si no había llegado ya. Y yo, la mayor de siete hermanas, confiaba en mi padre.

Porque mi padre era como los padres de las películas. Un hombre querido y admirado con un bello rostro de aspecto occidental que se estrechaba hacia la barbilla, voz dominante y porte militar: un hombre kosovar de alto nivel. Un hombre en el que se podía confiar y al que se podía respetar, *burrë me respekt*, cuyo rostro siempre estaba limpio, que se cambiaba la camisa diariamente, nunca llevaba más que una barba incipiente y nunca le olían los pies, como a los hombres que descuidaban su dignidad o la habían perdido.